



CAPÍTULO 3

MINISTERIO DE JESUS A LOS NIÑOS

A lo largo de su ministerio terrenal, Jesús se tomó el tiempo de ministrar a los niños. Tanto las Escrituras como el Espíritu de Profecía indicaban muy claramente el valor que Él le daba a los niños.

1. Bendijo y oró por los niños. Cuando las madres llevaron a sus pequeños a Jesús, los discípulos intentaron alejarlos. Sin embargo, Jesús los reprendió en su lugar. Luego puso sus manos sobre los niños, los bendijo y oró por ellos (Mateo 19:14).

2. Afirmó a los niños. Jesús declaró afirmativamente que el reino del cielo también pertenece a los niños. De hecho, cualquier persona que no reciba el reino de Dios como un niño pequeño nunca entrará en él (Marco 10:15). Aquí identifica un criterio importante para entrar en el reino de Dios como ser confiado y humilde como un niño.

En otra ocasión, cuando sus discípulos le preguntaron a Jesús quién sería el más grande en el reino de los cielos, colocó a un niño pequeño en medio de ellos: "Y él dijo: Os digo la verdad, a menos que cambiéis y os hagáis como niños pequeños, nunca entraréis en el reino de los cielos (Mateo 18:3, NVI). Una vez más, Jesús subraya la importancia de aprender de un niño. Menciona una de las características de Matt. 18:4: "Por lo tanto, quien se humille como este niño es el mayor en el reino de los cielos".

3. Se hizo amigo de los niños. Disfrutó de las pequeñas cosas que hacían e incluso de las flores que le traían. E. G. de White escribe: “Mientras los niños reunían las flores silvestres tan abundantemente a su alrededor y se apiñaban para presentarle sus ofertas, las recibía con gusto, les sonreía y expresó su alegría al ver tantas variedades de flores”. —*Alza tus ojos*, p. 57.

4. Participó con los niños. Jesús no solo vio a los niños jugando, sino que se involucró con ellos en sus actividades. Nuevamente, E. G. de White escribe: “Cristo observaba a los niños mientras jugaban, y a menudo expresaba su aprobación cuando obtenían una victoria inocente sobre algo que estaban decididos a hacer. Les cantaba a los niños con palabras dulces y benditas. Sabían que Él los amaba. Nunca se frustraba con ellos. Compartió sus alegrías y penas infantiles. A menudo, recogía flores y, tras señalar sus bellezas a los niños, se las dejaba como regalo. Él había hecho las flores y se deleitaba en señalar sus bellezas”. —*Alza tus ojos*, pág. 57.